

IMPRESIONES Y PAISAJES



FEDERICO
GARCIA
LORCA

ISMAEL L. - 1918 -

IMPRESIONES
Y
PAISAJES

Facsímil de la primera edición de 1918

PRÓLOGO
Juan Marqués

COMARES, 2021

© EDITORIAL COMARES, 2021

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libriacomares@comares.com
facebook.com/comares • twitter.com/comareseditor
instagram.com/ecitorialcomares

ISBN: 978-84-1369-242-5 • Depósito legal: Gr. 1252/2021

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES

PRÓLOGO

Juan Marqués

I

Que la bibliografía académica sobre Federico García Lorca sea tan inabarcable es precisamente lo que permite saltársela sin el más diminuto problema, incluso con alegría, sobre todo cuando uno se ha propuesto leer al poeta no como historiador, ya no como filólogo, sino como lector vocacional, casi como un niño, tal y como pudimos leerlo las primeras veces, antes del lastre de la obligación, antes del afán de cultura, antes de cualquier tipo de «conveniencia». Uno ha terminado por comprender que saber demasiado de un poeta puede llegar a ser un obstáculo para leerlo con cierta «inocencia» necesaria, sobre todo cuando se trata de poetas tan universales, que siguen tan arraigados en el imaginario colectivo, en su idioma, en su entorno, en su sociedad.

Es reconfortante comprobar cómo la melodía inmortal de «lo lorquiano» es a día de hoy omnipresente en Granada, y por supuesto no me refiero a las placas conmemorativas, ni a las «rutas» organizadas, ni a las postales de las papelerías... sino a lo profundo y a lo que, al cabo, importa. Lo que consiguen los mejores poetas, más que inventar o descubrir nada, es decir bien aquello que todo el mundo ha visto, que todos tenemos delante, pero que nadie ha sabido expresar con exactitud. Quiero decir que lo lorquiano es naturalmente anterior a Lorca, pero sólo después de él, a través de su obra literaria, ha sido codificado o desvelado con unas palabras que todos, instintivamente, entendemos desde el primer momento como definitivas, como insuperables, como conmovedoramente precisas a la hora de describir su mundo.

Yo llegué mucho antes a Lorca que a Granada, y cuando por fin, cumplidos treinta años, pude visitar la ciudad y sus alrededores, me encontré plenamente con el poeta, reconocí mucho de lo que él había dicho, identifiqué su mirada y su voz porque él siempre fue a la búsqueda de lo esencial, y lo esencial, por definición, permanece, aunque sea sepultado en un montón de ruido. Me emociona imaginar el otro camino: la conmoción que debió de sentir

un granadino de su época al leer o escuchar, dicho de una forma tan eufónica, inflamada y sublime, lo que él mismo veía y vivía todos los días. Lorca es de esos autores que fecundan la realidad entera, elevan lo cotidiano a mitología, transforman la normalidad en símbolo, y también por eso son intraducibles los poetas, según asegura el tópico: no es ya que se pierda mucho Lorca en el proceso de verterlo a otra lengua, sino que los que no pertenecemos a su mundo nos quedamos en buena medida fuera, con una fatalidad que no es tan dolorosa como justa, y que de alguna manera apela a lo tribal: hay que ser de allí, hay que estar allí, hay que conocer y amar hondamente aquello para que las palabras de un poeta adquieran toda su grandeza, todo su poder.

Arturo Barea intentó explicárselo a los ingleses en los años 40, tras el asesinato de Lorca: les contaba en aquellas conferencias de Oxford que no se puede entender cabalmente una expresión como «el buey de agua» si no lo ves, si no lo contemplas sobre el terreno. O ponía otro ejemplo que yo mismo he podido comprobar, literalmente, en la Vega granadina, y sólo allí: «El campo / de olivos / se abre y se cierra / como un abanico». Unos versos que podrían ser considerados deudores todavía de ciertos impulsos vanguardistas son, por el con-

trario, perfectamente «realistas», pues revelan algo que realmente sucede, que se ve, o por lo menos que se adivina cuando merodeas entre los olivares con atención. También eso es el «duende»: es éste quien permite que podamos observar y asumir las cosas que hemos leído, y que de algún modo, irracional pero a la vez sin dudas, hemos sentido que eran totalmente verdaderas.

En el prólogo a *Impresiones y paisajes* Lorca afirma que «todos vemos las cosas de una manera distinta», y es curioso, porque precisamente en las páginas en las que afirma eso se estaba inaugurando una obra literaria que iba a desmentirlo: claro que es verdad, en los detalles, pero no lo es, en lo importante. La mirada de Lorca es en buena medida comunitaria: en su mirada y en su voz se aglutinan las miradas y las voces de varias generaciones, de varios siglos, de cientos de miles de personas que supieron ver, pero no decir. Se dice en ese mismo prólogo de modo brillante: «es necesario ver por las plazas solitarias a las almas antiguas que pasaron por ellas, es imprescindible ser uno y ser mil para sentir las cosas en todos sus matices. Hay que ser religioso y profano. [...] Verlo todo, sentirlo todo. En la eternidad tendremos el premio de no haber tenido horizontes».

Hacía media vida que no leía yo *Impresiones y paisajes*, y ahora, al volver al primer libro de Lorca, veo que lo dicho arriba es insuficiente. ¿Acaso, pasados los años y los libros, no sabría ver y decir Lorca un mundo tan ajeno y lejano a él como Nueva York? Pues bien, ya en esta ópera prima el granadino acierta a observar con agudeza extrema ciudades y paisajes extrañas a él, aparte de la suya, a la que dedica una sección donde laten ya la gloria y la fatalidad de la pertenencia. No hay una página de este libro en la que no tiemble alguna intuición mágica, alguna idea genuina e impagable de hombre sensible, inteligente y con una indestructible vocación por la alegría, aun cuando se adivinen ya, tan pronto, algunas de esas oscuridades íntimas que, según se sabe, convivían en su alma y en sus textos con una felicidad elemental instintiva, adánica, interminable.

El que reencontramos aquí es un Lorca muy joven pero ya no juvenil, en el sentido de que asombra la enorme sabiduría que mostraba ya aquel debutante de diecinueve años. Por encima del magisterio de su prosa, abrumador, está la calidad de su mirada, la honda sagacidad con la que visitó ciudades castellanas o gallegas, la perspicacia al observar gentes y costumbres, el

amor a lo popular y el horror ante la violencia, esa ambigua actitud a la que se incorporaba y que tenía antecedentes decisivos en los hombres del 98 o en los de esa Institución Libre de Enseñanza a cuya órbita se entregaría enseguida, al matricularse en la Residencia de Estudiantes y descubrir luminosamente Madrid, nudo principal de todos los contrastes españoles, y entrar en un contacto más estrecho, constante e inspirador con otras sensibilidades del país, con otras actitudes.

Lorca, por supuesto, ya era poeta al publicar este pequeño libro, en el que se ve la semilla de hallazgos que desarrollaría en versos, conferencias, tragedias y comedias, pero seguramente a esas alturas aún era cauto en su trabajo lírico. Prefirió lanzarse a la piscina editorial con un libro que, sea como sea, haríamos mal en considerar «menor», ni siquiera primerizo. Con autores como Lorca esas etiquetas son poco aceptables, ineficaces, insuficientes. Lo que tenemos aquí no son balbuceos, sino la voz firme de un escritor extraordinario, una figura formidable y total que por aquel entonces tenía límites en cuanto a experiencia vital, pero que, muy visiblemente, y por volver a lo que citábamos arriba, ya no tenía horizontes. Somos nosotros los que tenemos, incesantemente, el premio majestuoso de poder leerle. Está donde esté el cuerpo de Lorca, su

alma está aquí mismo, en su obra, y el mejor homenaje que se le puede hacer ya está cumplido, porque es obvio que ya nunca, jamás, vamos a dejar de leerle.

Madrid, 31 de agosto de 2021

ÍNDICE

	<u>Página</u>
<i>Prólogo.</i>	
<i>Meditación.</i>	17
<i>Ávila.</i>	23
<i>Mesón de Castilla.</i>	29
<i>La Cartuja.</i>	37
(Clausura).	43
<i>San Pedro de Cardeña.</i>	55
<i>Monasterio de Silos.</i>	63
(El viaje).	63
(Covarrubias).	70
(La Montaña).	75
(El Convento).	81
(Sombras).	106
SEPULCROS DE BURGOS.	
<i>La ornamentación.</i>	111
<i>Ciudad perdida.</i>	127
(Baeza).	127
(Un pregón en la tarde).	137
<i>Los Cristos.</i>	143

GRANADA.

<i>Amanecer de verano</i>	151
(Albayzín)	153
(Canéfora de pesadilla).	161
(Sonidos)	165
(Puestas del Sol)	171
<i>Jardines</i>	179
(Jardín conventual)	182
(Huertos de las iglesias ruinosas) .	184
(Jardín romántico).	187
(Jardín muerto)	193
(Jardines de las estaciones).	196
TEMAS	201
<i>Ruinas</i>	203
<i>Fresdelval</i>	207
<i>Un pueblo</i>	209
<i>Una ciudad que pasa</i>	211
<i>Un palacio del Renacimiento</i>	213
<i>Procesión</i>	215
<i>Amanecer castellano</i>	219
<i>Monasterio.</i>	221
<i>Campos</i>	223
<i>Medio día de Agosto</i>	225
<i>Una visita romántica.</i>	
(Santa María de las Huelgas) . . .	227
<i>Otro convento</i>	231
<i>Crepúsculo</i>	235

	<u>Página</u>
<i>Tarde dominguera en un pueblo grande</i>	237
<i>Iglesia abandonada</i>	243
<i>Pausa</i>	245
<i>Un hospicio de Galicia</i>	247
<i>Romanza de Mendhelson</i>	251
<i>Calles de ciudad antigua</i>	253
<i>El Duero</i>	255



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-242-5



9 788413 692425